NO I MARZO DE 1937 N.º 4.

Edición de la Universidad de Chile

HOMENAJE A HORACIO QUIROGA

Enrique Espinoza, Algunos recuerdos personales.

Mariuel Rojas, La literatura y el hombre.

Exequiel Martínez Estrada, Mascarilla espiritual.

Horacio Quiroga, El Potro Salvaje. Los Precursores. El Hombre Muerto.

lmesto Montenegro, Horacio Quiroga visto del extranjero.

A. Hernández Catá, En la muerte de Horacio Quiroga.

Alberto Gerchunoff, Discurso en nombre de la SADE.

Antonio Espina, El acorde «Fígaro».

María Teresa León, Pushkin, el enemigo de la tiranía.

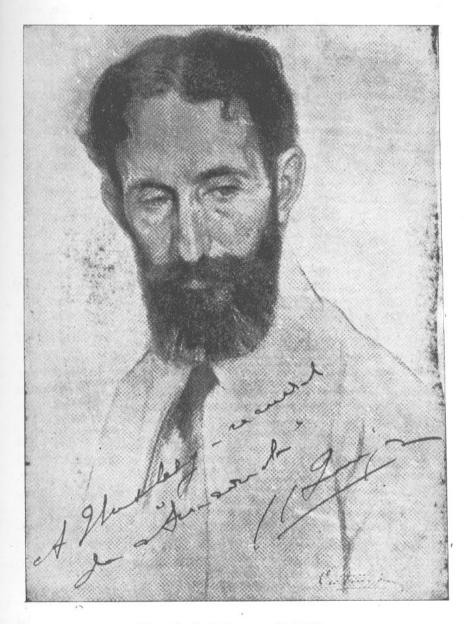
lanuario Espinosa, Un gran escritor venezolano.

Carlos Vattier, Arte poético.

PEVI/TA DE I /OCIEDAD DE E CRITORE/DE (HI

SECH

Marzo, 1937



Horacio Quiroga, por Centurión

Algunos recuerdos personales

POR

Enrique Espinoza

La muerte de Horacio Quiroga, el gran cuentista de la selva argentina, me ha conmovido profundamente no sólo porque fué mi amigo y maestro durante cerca de veinte años, — la mitad de mi vida, casi — sino porque encarnaba como ningún otro escritor de mi país, la más genuina expresión de una época en cuyo caos había de nacer una estrella.

En el último número de Atenea he tratado de fijar rapidamente la trayectoria de Quiroga en el campo de las letras americanas. Aquí me propongo completar aquella imagen con algunos recuerdos personales que expliquen la espontánea adhesión que le brindamos algunos jóvenes por-

teños a su paso meteórico por Buenos Aires.

Pensaba llamar estos recuerdos, con ayuda de Hudson, Allí cerca y hace poco tiempo, guardando, naturalmente, las distancias en todo sentido, desde el título. Pero el lejano precursor de Quiroga en nuestra tierra aun no ha alcanzado por la valla de su idioma, el eco legendario imprescindible para hacer evidente, asimismo, entre nosotros, el dejo poético más inmediato de la alusión.

Una espesa leyenda de contornos trágicos rodea por otra parte la figura de Quiroga desde antiguo. Sin duda, fué la suya una existencia atormentada como la de todos los hombres libres de nuestros días; pero esclarecida también por largos respiros de salud en plena naturaleza y muchos años de convivencia fraternal con sus amigos y discípulos en los

refugios más soportables de la gran ciudad.

Por tanto, su vida no es menos aleccionadora que su obra y creo que vale la pena evocarla en este homenaje tal cual se me ha presentado a la memoria en la hora de su muerte. Rota, desde luego, en pedazos y confundidos sus episodios más salientes; pero fáciles de ordenar, después de todo en sus líneas fundamentales, como ese *puzzle* periodístico que coincide a veces con la figura de un hombre del otro lado... Por el hombre puede reconstruirse hasta el mismo Universo.

Mi primer arrimo a Quiroga data de 1918, es decir, del año siguiente a la publicación de sus Cuentos de amor, de locu-

ra y de muerte. Quiroga estaba entonces por llegar a la cuarentena, y yo por cumplir recién los veinte. Momento crucial, sin duda, y único porque el desdoblamiento progresivo de nuestras vidas empezó en seguida, acercándonos cada vez más y más.

Desde mucho antes, naturalmente, conocía yo algunos cuentos de Quiroga; y, como aprendíz de literato ya que no como estudiante de Letras, pues sólo los escritores clásicos entraban a nuestro Colegio, hasta tenía oído algo respecto de su carácter. Orgulloso, inabordable, extraño, era lo menos que se decía o murmuraba en las mesas de café.

Con todo, a título de flamante director de una futura revista que había de alcanzar más de cincuenta cuadernos consecutivos, no resistí a la tentación de solicitarle un cuento olvidado, y con tal motivo me fuí una tarde a verlo a la redacción de *Caras y Caretas* en compañía de mi amigo José Feder, muerto pocos años más tarde trágicamente como algunos de

sus personajes.

Tengo bien presente en la memoria aquella entrevista inicial. Quiroga se hallaba sentado a una mesa escritorio en la oficina de don Luis Pardo, de grata memoria siempre. Nos llamó la atención de entrada la dulzura de sus ojos claros en abierto contraste con su barba negra y sus facciones más bien duras cuando no las aflojaba en sonrisa cabal. Pronto olvidamos en su presencia cuánto habíamos oído acerca de su carácter y le expusimos con toda naturalidad el propósito de la visita. Nuestro hombre, tras de escucharnos atentamente se mostró reconocido a aquella solicitud, y con pocas y cortantes palabras hizo la felicidad de los dos jóvenes, comprometiéndose a entregarles para «América» una versión corregida de su cuento Los Perseguidos, que había agregado a manera de apéndice a su Historia de un amor turbio, en 1908.

Nos retiramos contentísimos y con la seguridad absoluta de haber dado con un escritor incapaz de faltar a su palabra; un hombre como no habíamos conocido otro hasta entonces

ni conoceríamos después.

A los pocos días Quiroga llegaba en efecto a preguntar por mí a cierta revista donde teníamos nuestra redacción, con un ejemplar de su Historia de un amor turbio, copiosa-

omica are svenu en r qu≢ran à racule a avagir c.

mente corregido en sus últimas treinta páginas. Aquella vez salimos juntos y conversamos mucho más largo en un café japonés de la calle Reconquista, cuyo nombre en este barrio de sainete, parecía más bien turco, pues no era otro

que Satuma...

Quiroga me habló con harta displicencia de su viejo libro, completamente agotado y, sin embargo, poco menos que inédito. Y al respecto hizo un recuerdo muy gracioso de lo que le había pasado una década antes con un librero de la calle Florida, encargado de su venta y distribución. Al hacerle el recuento de los ejemplares salidos después de un año, el librero se encontró con ocho más de los quinientos que le había remitido el impresor....

Unos meses después, tras dos o tres nuevos encuentros con Quiroga, tuve la suerte de hallar en un boliche de la misma calle Reconquista un ejemplar de su primer libro de cuentos, El Crimen del Otro, completando así mi conocimiento del escritor, al mismo tiempo que el del hombre, pues ya éramos amigos a pesar de que el cuaderno de Los Perseguidos tar-

daría aun varios meses en aparecer.

Al revés de los presuntuosos literatos que había conocido hasta entonces — en primer término, unos poetillas que trataron de aprovechar mi entusiasmo juvenil para convertirme enfáticamente en el editor (mi editor!) de sus pomposos libritos de papel en blanco con algunos versos — Quiroga hizo de mí desde un principio su compañero más reciente. Y con la misma generosidad con que había procedido antes y después con otros compañeros, procedió también conmigo, ocupándose de colocar a buen precio mis primeros cuentos y estimulándome con su amistad y con su ejemplo. En tal sentido, cabe recordar aquí una extraordinaria carta abierta que le dirigió a Benito Lynch, sin conocerlo, desde Misiones a la publicación de Los Caranchos de La Florida en 1916.

Nada le satisfacía, en verdad, tanto a Quiroga como el asomo de un nuevo compañero en el campo de la narrativa auténtica. Se había pasado demasiado tiempo solo, y estaba deseoso de hallar compañía. Así en público o en privado no dejaba de saludar la aparición de los nuevos con íntimo

regocijo que no siempre le fué retribuído.

Por mi parte, recuerdo que a poco de publicarse en volumen los deliciosos *Cuentos de la Selva* que Quiroga había compuesto para sus propios niños, y que llamaron mucho mi atención desde que Enrique Banchs adelantara uno en su revista didáctica, yo le llevé a Arturo Cancela para el naciente Suplemento de *La Nación* su magnífico *Juan Darién*, el tigre, que por una curiosa coincidencia apareció en el preciso momento en que los franceses más belicosos adoraban a

un primer ministro así apodado por su fiereza.

Este cuento para grandes que también pueden leer con deleite los chicos, no tenía, por cierto, nada que hacer con la fanfarrona política de post - guerra; pero sí con la más profunda de la civilización cristiana en su conjunto. La prueba está en que Quiroga no se apresuró a incluirlo en su libro El Salvaje del año siguiente, ni en el que publicó dos años después bajo el título de Anaconda, sino al final de sus bravíos apólogos sociales de El Desierto, en 1924.

Sin embargo, por aquel tiempo, era frecuente oír llamar a su autor, como es costumbre en todas partes, por el título del primero de estos libros: El Salvaje. Y eso que entre los cuentos de dicho volumen figuraban Los cementerios belgas y Los inmigrantes; Estefanía y Lucila Strindberg; y hasta un

Cuadrivio laico de carácter evangélico.

Diversas eran, asimismo, las gentes que se acercaban espontáneamente a Quiroga como lo habíamos hecho mi compañero Feder y yo. Los motivos eran también distintos. A muchos los atraía su moderno sentido del cine como arte de expresión humana; a otros su fabulosa comprensión de la vida animal tan a flor de piel en muchas naturalezas; y a todos su poderosa personalidad de escritor consciente y libre como no había otro entonces en la Argentina ni lo hay ahora.

Entre sus amigos ocasionales de aquel tiempo quiero recordar en primer término a un muchacho Echebehere, del grupo universitario Insurrexit, que estuvo a punto de filmar un argumento cinematográfico de Quiroga, titulado La Jangada Florida, de ambiente misionero, por supuesto. Este chico Echebehere, como lo llamaba cariñosamente Quiroga, se fué más tarde con su novia Mica Celman a París, y nada supimos de él hasta el año pasado en que cayó como un héroe al frente de una columna motorizada en la defensa de Madrid. En Insurrexit recuerdo que Quiroga publicó por entonces cierta indignada historia de un perro ciudadano bajo el título de La fiera de lujo.

Una curiosa tertulia sobrevivía aun por el año 20 en el famoso Aue's Keller de Rubén Darío. Quiroga gustaba llevar a ella a sus amigos y discípulos porque urge decirlo bajo su influencia la narrativa argentina alcanzo un auge desconocido por los demás generos literarios. Después de la aparición de Anaconda establecióse una fraternidad viril en torno del maestro. El ejemplo de su labor concienzuda, sin prisa ni tregua, decidía el rumbo de muchas vocaciones juveniles. En la peña de don Luis Pardo los cuentistas fueron pronto mayoría. Pero la amistad de Quiroga con sus compañeros no era puramente literaria. Todos conocíamos el camino de su casa a la que nos llevaba muchas veces en su propia moto. Porque el ciclismo que había sido el hobby de su juventud, se había convertido con los años en una verdadera pasión por la velocidad en todas sus formas. En esto Quiroga era modernísimo y asi como en Misiones aplicaba a la canoa cortada por el mismo un motorcito eléctrico, en la ciudad soñaba con los ojos abiertos en aplicar la técnica del cine a su literatura que, por lo demás, gustaba ofrecernos encuadernada con pasmosa rapidez en el propio taller de su casa. Muchos tenemos un ejemplar de Anaconda encuadernado por su autor en la propia piel de la víctima.

Nuestra misma hermandad acabó por llamarse Anaconda y en más de una ocasión nos pasábamos todo el día juntos. Los pretextos eran de los más variados: desde el juego a la pelota vasca en un frontón de la calle Rivadavia, por la mañana, hasta la imprescindible necesidad de oír música de cámara por la noche. Durante varias temporadas fuimos al efecto, socios colectivos de la Wagneriana. Allá nos encontrábamos regularmente con nuestros familiares, que desde luego compartían nuestra admiración por El

salvaje...

En casa, Quiroga era una figura familiar y muchas veces gustaba acompañarnos a los pintorescos casamientos judíos, en medio de cuyo boato oriental no dejaba de llamar la atención como un probable sefardí de ojos claros. De esta experiencia íntima nació por aquella época la substancia de Don Horacio Quiroga, mi padre que incluí en mi libro La Levita Gris a él dedicado, integramente.

La hermandad anacóndica merece ser historiada en extenso, pues a ella pertenecieron numerosos artistas de mérito en la pintura y las letras; pero quede esto para el libro que alguna vez escribiré sobre Quiroga y sus contemporáneos. Seguramente, las memorias de muchos de ellos, me ayudarán en la tarea de reconstruir aquel medio. Por ahora sólo quiero trazar una imagen exacta del hombre muerto. Y dentro de las mismas dimensiones que él se imponía en sus cuentos.

Cuando a principios de 1924, Quiroga se volvió por una larga temporada a Misiones, varios de sus amigos prometieron ir a visitarlo; pero yo fuí el único que lo hizo en el mes de Julio, respondiendo a una cordialísima invitación del maestro que, entre otras cosas, me decía: «Venga a ver florecer los lapachos y a olvidarse durante algunas semanas de que existen los periódicos.»

En su casa de San Ignacio conocí a Quiroga en su verdadero ambiente, y pude darme cuenta de la estrecha relación que había entre su vida y su arte. El Desierto que acababa de aparecer bajo mis cuidados en Buenos Aires, era una maravillosa síntesis del país, de la casa y de mi huésped hasta más allá de donde podía sospecharlo cualquier inadvertido lector de historias impresionantes. El río, el monte, la lluvia, los hombres y las bestias, todos los elementos de la narrativa quiroguiana, se me hicieron familiares durante aquel mes inolvidable que pasé entre los suyos. Y, cuando al año siguiente volví a encontrar ese mundo en los siete cuentos parejos de Los Desterrados comprendí en toda su profundidad el don creativo de su pluma. Por eso en 1926, con motivo de la publicación de este libro y las bodas de plata de Quiroga con la literatura, me impuse la tarea por demás grata de reeditar sus mejores libros y dedicarle una entrega extraordinaria de la revista Babel.

El hombre había vuelto, entretanto, de Misiones para instalarse en un modesto bungalow de un pueblecito de los alrededores de Buenos Aires, llamado Vicente López. La hermandad anacóndica fué pronto rehecha y hasta acrecentada con algunos nuevos compañeros. Los domingos nos juntábamos muy temprano en el Retiro para llegar en malón hasta el chalet de Vicente López, cuyo hall Quiroga había decorado fantásticamente con algunos cueros de víbora, una caparzón de tortuga aplicada a modo de pantalla sobre una luz eléctrica, y numerosos bichos prehistóricos modelados

en barro por el mismo dueño, además de dos o tres auténticos animales de monte que asomaban sus hocicos cuando uno menos lo esperaba. En el jardín o quinta de esta casa solíamos celebrar nuestras comilonas dominicales, y cierta vez que Gerchunoff hizo de cocinero, la fama de sus patos prensados trascendió a *Crítica*.

Estas expansiones anacóndicas no excluían de cuando en cuando otras más amplias en Buenos Aires. Por iniciativa de Quiroga, que hizo las circulares de su puño y letra, dos o tres generaciones de cuentistas haciendo un alto en lo más arduo de la absurda lucha de edades, fuimos un día a Lomas de Zamora para celebrar a don Roberto Payró con motivo del vigésimoquinto aniversario de su ya clásico Casamiento de Laucha. Quiroga, si mal no recuerdo, habló aquella vez, haciendo excepción a su acostumbrado silencio o incapacidad, mejor dicho, de hacerlo en público.

En 1927 celebramos dos acontecimientos remotos, que de seguro no fueron recordados con más sentida admiración en sus países de origen. Me refiero al centenario de ese simbólico cuento de Andersen que se llama El Patito Feo y al del Cancionero de Enrique Heine. Pero la cordialidad anacóndica no necesitaba por lo general de tan alta memoria para manifestarse. Entre otros, puedo citar el caso de Ernesto Torrealba, un mozo chileno que se presentó un día a nuestra peña de vuelta de un viaje al Brasil. Ninguno de los contertulios había leído sus libros, pero a Quiroga le fué más que suficiente su interés por las letras para ofrecerle una comida en su casa de Vicente López.

Recuerdo a un místico cineasta ruso que llegó a Buenos Aires con otro compañero igualmente anónimo para hacer la gran revolución en la pantalla mejor de lo que la habían hecho Lenin y Trotsky en la realidad. Y Quiroga se embarcó con sus amigos más cercanos en una fantástica escuela de astros que años más tarde el mismo recordaba regocijado

en una divertida crónica de La Nación.

Contrariamente a la imagen difundida por los gacetilleros anónimos de un Kipling huraño y agresivo, Quiroga era un hombre tierno y cordial, aunque sin esas efusiones palabreras de algunos escritores que proceden por cálculo. No hay iniciativa societaria o gremial de aquellos años a que su nombre no aparezca ligado directamente. Así la primera Exposición nacional del libro realizada en el teatro Cervantes y la Sociedad argentina de escritores que salió de ella.

Fué uno de los más frecuentes colaboradores de La Vida Literaria, y en sus páginas quedan muchos testimonios particularmente reveladores de su libretad de espíritu, como esas nobles palabras que escribió en defensa de los escritores muchos es especial es para la muenta de Lací Carles Mariétagui.

res rusos o en la muerte de José Carlos Mariátegui.

Waldo Frank que en su primer viaje a Buenos Aires fué a parar a una casa de Vicente López próxima a la de Quiroga, ha tenido por esta circunstancia muchas ocasiones de tratarlo íntimamente. De ahí que viera con la lucidez que lo caracteriza, hasta donde la comparación con Kipling era tan superficial referida a su obra como a su vida.

Después de la publicación de *Pasado Amor*, su única novela del país de la yerba, ilustrada con numerosas maderas de Giambiagi, un pintor de la selva que se pasó muchos años con Quiroga en Misiones, la vida del maestro que acababa de salir de su larga viudez, se hizo difícil en Buenos Aires, y por eso no tardó en volver con su familia a San Ignacio.

Un balance de sus ganancias como escritor de cuentos durante treinta años llevado a cabo por el mismo entonces, arroja la exigua suma de doce mil nacionales por todo. Ningun premio de ninguna especie. Porque en la Argentina es uruguayo para el caso y en el Uruguay, argentino... hasta la hora de su muerte.

Los años de la estabilización capitalista y sus pasajera prosperity habían pasado para él sin más éxito que el cobro de unos cuantos cuentos a precio de oro; pronto una abierta lucha contra la democracia se hizo sentir de arriba a abajo por casi todos los países de nuestra América. Quiroga que había combatido durante más de veinticinco años estaba cansado. La crisis política era también crisis literaria. Algunos jóvenes escritores ansiosos de notoriedad se erigieron en revisionistas de la obra ajena, a falta de una propia o demasiado satisfechos de la propaganda indirecta que así se hacían. Quiroga, desde luego, no los tomó en serio. Por ahí recogido en el segundo volumen de Trapalanda, hay un finísimo artículo suyo titulado Ante el tribunal que refleja fielmente su estado de ánimo en aquel tiempo. Con todo,

la verdad es que tales resentidos con más retórica que capacidad de hacer las cosas mejor, envenenaron el ambiente tornándolo irrespirable con sus detonaciones. Quiroga se sintió, pues, completamente feliz a muchas leguas de distan-

cia y con el augusto Paraná de por medio.

Desde San Ignacio alcanza a publicar en la colección de los Amigos del libro rioplatense su último volumen de cuentos, que lleva el significativo título de Más allá. Pero la literatura le preocupa cada vez menos, y sólo vuelve a ella cuando los aprietos económicos en que lo coloca el gobierno de su país natal lo obligan a ganarse otra vez la vida con la pluma. Quizás por esta circunstancia ha dejado sin corregir gran parte de su producción, entre la que hay muchas páginas que merecen los honores del libro. Carezco de noticias concretas al respecto. Durante los dos últimos años a causa de mi alejamiento de Buenos Aires cambiamos muy pocas cartas. Nuestra amistad continuaba siendo, sin embargo, inalterable, como reza su dedicatoria de Más Allá. Yo era el más joven de sus amigos de la guardia vieja, y sobre este concepto se explayaba en una de sus más recientes comunicaciones a lápiz. Cuando supe por mi hermano Oscar de su enfermedad y su internación en el Hospital de Clínicas, le escribí unas líneas a la Sala 2, Cama 16; pero no obtuve va respuesta.

La noticia de la muerte de Quiroga, leída al azar en dos líneas de un cable de La Nación, a la vuelta de una página que anunciaba a seis columnas: Ochocientos leales fueron masacrados por los moros en España, no dejó de cortarme el aliento aquella triste mañana del Sábado 20 de Febrero. Mi sorpresa fué también grande al ver en la primera plana de El Mercurio el retrato de Quiroga por Centurión, y debajo de un expresivo acápite de Poe que yo mismo había elegido diez años antes para trazar en pocos rasgos su biografía, las rápidas notas de ésta atribuídas a Payró. Qué lejos estaba yo de pensar cuando escribía aquellas líneas de elogio que a tan corto espacio las iba a ver reproducidas en tono de elegía....

Un impulso incontenible me sacó aquella mañana muy temprano de casa para compartir hasta muy tarde en la noche con algunos compañeros chilenos el dolor de esta pérdida irreparable. Por primera vez quizá desde mi llegada a Santiago sentí hondamente mi ausencia, pensando que a

mi regreso no lo encontraría más allá...

A la hora de sus exequias, mientras apuraba las crónicas de los primeros diarios llegados en avión de Buenos Aires, y me hacía cargo de quiénes despedirían sus restos antes de ser cremados y conducidos a Misiones, según su última voluntad, comprendí de pronto que no dejaba de hallarme presente como un deudo entre aquellos afligidos compañeros que me habían visto tantas veces con él.

Por la noche, primera vez también en Chile, sentí deseos de hablar de Quiroga en una concentración obrera de los Amigos de México a favor de España. Nada más justo, pensé, que hacer partícipes a estos hombres de su vida de trabajo en Misiones y referirles hasta donde sea posible en sus propios términos su testamento de La Patria a fin de hacerles comprender para siempre por qué nuestras fronteras llegaban ahora hasta España. Pero temí que me faltara la voz y mi discurso se rompiera en un sollozo por todo el inmenso luto que llevaba en el corazón. Además, los diarios santiaguinos de los trabajadores no se habían hecho eco siquiera de la muerte del maestro, permitiendo así la formación de un lamentable equívoco alrededor de su nombre. Por tanto, preferí retirarme en silencio, seguro de que el pueblo no tardaría ya en descubrirlo por sí mismo entre los verdaderos intérpretes de su alma. Porque el gran cuentista, a pesar del regionalismo con que pretende achicarlo ahora la burguesía indigente del Uruguay, pertenece como su primer maestro, Edgar Poe, a América v al mundo.

El hombre.... Con esta expresión cósmica empiezan sus mejores cuentos y el hombre—todo el hombre que fué Horacio Quiroga—es lo que se trasparenta vivamente a la vuelta de cada una de sus páginas.

Hay escritores que hacen pensar ante todo en su persona; otros que recuerdan la interminable lucha entre su retórica y la naturaleza; y otros que llegan finalmente a confundirse con la misma naturaleza en perfecta conjunción. Horacio Quiroga pertenece a estos últimos y era primero entre los primeros.